

—No, contestó el viejo. Acabo de explorar los cuatro vientos; los tamarindos se hallan muy lejos de aquí, y la tierra no produce el menor ruido, ni el viento silba; pero no sé por qué estoy inquieto, y creo que la traición nos rodea.

Yo fingí reírme de las aprensiones del anciano mestizo, pero Albino se puso serio. Había descubierto con anterioridad que alguna cosa sobrenatural había en la penetración del viejo.

—No se ria vd. de las predicciones de Vista doble, dijo Albino, y puesto que habla de traición, debemos velar cuidadosamente por nuestra seguridad.

En el momento en que Albino pronunciaba estas palabras, uno de los centinelas avanzados que habíamos colocado en el bosque, nos trajo á un indio que quería burlar nuestra vigilancia. Aquel indio no llevaba mas arma que un baston nudoso, que le servia para abrirse camino entre los bejucos. Le pregunté de dónde venia y á dónde iba; pero el indio no comprendia el español, porque solo respondió á mis preguntas con sonidos guturales é inteligibles. Vista doble no lo perdía de vista un solo momento, y contestó al indio en su idioma. Se me habia olvidado decirles á vdes. que el mestizo ha-

blaba corrientemente todos los dialectos unidos en la provincia de Coahuila.

—¿Qué dice el indio? pregunté al viejo.

—Que se dirigia á su pueblo, y que tuvo miedo de que lo despojase los insurgentes de una corta cantidad que lleva. Esa es la causa que lo ha decidido á tratar de pasar sin ser visto. Eso es lo que dice, pero seguramente no es lo que piensa. Otro motivo, sin duda, es el que tiene.

El mestizo fijó de nuevo sus ojos de basilisco en el indio, que sostuvo imperturbablemente el examen. Despues de un momento de silencio, el viejo prosiguió su interrogatorio. No comprendiamos ni una palabra, y mirábamos aquellos dos hombres, que á la luz de nuestra hoguera, parecian dos estatuas de bronce enrojadas al fuego. Repentinamente Vista doble, queriendo levantarse, vaciló y alargó vivamente la mano hácia el garrote en que se apoyaba el indio; pero no tuvo tiempo para apoderarse de aquel débil apoyo, porque el indio hizo un repentino movimiento hácia atrás.

—Creo que este hombre no miente, dijo con la mayor calma el viejo, enderezando su talle. Voy á hacerle la última pregunta, y lo dejaré que continúe su camino.

El indio pareció no comprender, porque permació impasible, cuando repentinamente el mestizo le arrancó con violencia el baston. El indio se estremeció: Vista doble se sonrió con satisfaccion.

—El secreto del indio está en este garrote, dijo, porque de otra manera, cuando fingí que me tropezaba y extendí la mano hácia el garrote para detenerme, no hubiera hecho un movimiento de espanto y retrocedido.

Y el viejo apoyó el baston en la rodilla y lo hizo pedazos, saliendo un papel de uno de éstos. Vista doble lo recojió, lo desdobló y lo vió á la luz del fuego; en seguida me entregó el papel haciendo un movimiento desdeñoso. Lo mismo que Vista doble, lo volví varias veces entre los dedos y se lo pasé á Albino, quien lo vió contra el fuego, como habia hecho el viejo, sin poder descifrar unos signos tan ininteligibles para él como para mí. De los doscientos hombres que estábamos allí, no se encontró uno solo que pudiese comprender el contenido de la carta interceptada.

—Interrogue vd. al indio, dijo Albino á Vista doble, y hágale comprender que morirá si no nos revela el sentido de este despacho.

—¿Entiendes? dijo el mestizo, dirigiéndose al mensajero indio, y repitiendo la orden del *gurrillero*; pero aquel no sabia mas que nosotros, y ni súplicas ni amenazas pudieron arrancarle mas que estas palabras: ¡Elizondo! ¡Elizondo!

Diósele la libertad, y se alejó lenta mente del círculo de la luz. Nosotros nos hallábamos tan instruidos como antes. Despues de la partida del indio enviamos al mestizo con orden á nuestros centinelas para que redoblasen su vigilancia, y nos condujesen á cualquiera individuo á quien sorprendiesen en las inmediaciones del campamento. La inquietud del viejo quedó tan justificada por el hallazgo de aquel misterioso mensaje que nos hallábamos alarmados. Además, esperábamos que la casualidad haria caer en nuestras manos algun viajero capaz de leernos el despacho que habiamos quitado al indio. Vista doble no tardó en llegar despues de haber ejecutado su comision.

—¿Qué piensa vd. de todo esto? preguntó al mestizo.

—Cuando se ve al piloto el tiburón no está lejos, respondió sentenciosamente el viejo.

—Extendímonos en nuestras capas delante del fuego. Solo el mestizo permane-

ció inmóvil y sentado, tan pronto con la cabeza apoyada en las rodillas, como con su vista clavada en el cielo, y sumergido en una profunda meditacion, ó bien pareciendo escuchar ruidos, que no llegaban hasta nuestros oidos. Lo examiné por algunos momentos á la luz de la hoguera que enrojecia sus largos cabellos blancos, y parecia sacar chispas de sus negros ojos. Poco despues cesé de verlo, porque dormia yo profundamente.

La luz no debia dilatar mucho, cuando desperté al grito del *¿quién vive?* que repetian los centinelas. Inmediatamente me senté; Albino dormia aún; en cuanto á Vista doble, se hallaba en la misma posicion en que lo habia yo dejado. Desperté al contrabandista y arrojé algunas ramas á la hoguera para reanimarla. Pocos momentos despues, dos de nuestros soldados, condujeron á nuestro campo á un hombre á caballo. El ginete descubia en su rostro una viva mortificacion y espanto. Iba cubierto con una manga azul.

—¿Qué es esto, señores? decia: ¿estoy entre amigos ó entre enemigos? ¿y con qué derecho detienen vdes. á los oficiales del ejército independiente?

—Con el derecho que tenemos para indagar, si son amigos ó enemigos, los que

se acercan de noche á nuestros vivacs, contestó Albino; ademas, nos convendria mucho hallar un cristiano que supiera leer ó escribir, ó leer solamente, para que nos hiciese un servicio, y si vd. es oficial, como dice, podria tal vez. . . .

Albino registraba sus bolsillos para sacar el papel que habia llegado á nuestro poder de una manera tan extraña. Entretanto, veia yo atentamente la fisonomia del mestizo; éste, á su turno, fijaba sus ojos escrutadores en el de á caballo. Seguramente el exámen no fué muy favorable, porque detuvo el brazo de Albino, que iba á poner el papel en manos del desconocido.

—Esto me huele á traicion, dijo en voz baja, pero no tanto que no los escuchase el desconocido.

—¿Desde cuando, pícaro, exclamó furioso el caballero, merece el teniente coronel Elizondo, ser ultrajado tan groseramente?

Y abriendo con violencia su capa, nos mostró en su uniforme las insignias de su grado. Recordamos en aquel momento el nombre del autor de la sublevacion de las provincias de Coahuila y del Nuevo Santander, y sin comunicar al coronel el despacho interceptado, le suplicamos

admitiese nuestras excusas, sintiendo la medida que con él se había tomado, atendidas las necesidades de la guerra. El oficial recibió aquellas excusas con altanería: lanzó una colérica mirada al mestizo, dió un cuartazo á su caballo y desapareció.

Cuando desapareció, Vista doble tomó una rama inflamada, á cuya luz inspeccionó atentamente la configuración de las patas del caballo en las huellas que había dejado en la tierra; midió con unas ramitas verdes el largo y ancho que tenían, y guardó las ramas en su bolsillo; en seguida, hablando consigo mismo: ¡Elizondo! ¡el indio! dijo. El tiburón y el piloto; y dirigiéndose á Albino: señor capitán, añadió, si quiere vd. creerme, es preciso montar á caballo al momento y marchar al Saltillo, en donde encontrará vd. alguna persona que pueda leer el papel que encerraba el garrote del indio; pero no se fié vd. del primero que se le presente; en seguida puede vd. obrar según la revelación que le haya hecho el papel.

El antiguo contrabandista no acostumbraba discutir los consejos de aquel viejo original. Dió orden de que le ensillasen su caballo; pero en el momento de partir uno de nuestros exploradores llegó vio-

lentamente á avisarnos que un rico convoy de mercancías y dinero se acercaba á nuestras avanzadas. Aquella noticia nos hizo olvidar todo, y hasta los ocho días de aquel encuentro, fué Albino al Saltillo con objeto de indagar el contenido de la carta interceptada. Volvió á nuestro campo con la seguridad de que hacia cinco días que nuestros jefes habían marchado para Monclova.

—Vista doble no se engañó, nos dijo: el despacho del teniente coronel Elizondo me lo leyó un sacerdote amigo de Hidalgo, á quien revelé el caso en el confesionario; contenía lo siguiente: “Están tomadas todas mis medidas: me reuniré dentro de dos días con los docientos hombres de vd., en las *cisternas* de Bajan; no se nos escaparán ninguno de los jefes de la insurrección.

—¡Ah! interrumpió el mestizo; ¿por qué no fusiláramos á aquel traidor? porque no hay duda que lo era el desconocido; ¿y Bajan está muy cerca de Monclova?

—El sacerdote me dijo que ya se habían mandado avisos al general Abasolo, sobre la traición que contra él meditaba Elizondo, creyéndose ultrajado por no haber sido nombrado teniente general; pero con su grandeza de alma acostumbrada,

Abasolo no quiso creer semejante cobardía. La carta iba dirigida al gobernador Ochoa, cuya casa de campo está cerca de este lugar. Esto me explica la presencia del coronel, inquieto por no haber recibido respuesta á su mensaje.

—¿Qué debemos hacer? preguntó á Vista doble.

—En este momento Elizondo tiene cinco dias de ventaja, y ha de caminar á marchas forzadas; mi opinion es que marchemos sin tardanza; tal vez será tiempo de prevenir á los jefes fugitivos. ¿Cuántos hombres llevan de escolta?

—Mil, poco mas ó menos, contestó Albino.

—Entonces, marchemos, exclamé: y dando aviso á la escolta no serán de temer los doscientos hombres.

III.

Muchos motivos nos hicieron tomar la resolucion de partir solos, Albino, Vista doble y yo. Conducir una *guerrilla* hubiera sido exponernos á una dilacion fatal y desastrosa; las tierras que teniamos que atravesar eran áridas, calientes y sin agua; en fin, ¿qué podian hacer ciento cincuenta ó doscientos hombres agregados á la

escolta de los jefes, compuesta de mil soldados escogidos y una numerosa artillería? Lo esencial era, pues, que los tres llegáramos á tiempo para advertir solamente á los soldados de la escolta que se cuidasen.

Dejamos el mando de la *guerrilla* al primer teniente, y provistos de un caballo de mano ademas del que montábamos para viajar con mas celeridad, partimos como á las dos de la tarde. Hablando con verdad, no hay mas que cinco dias de camino desde el Saltillo á Monclova, que se componen de otras tantas jornadas forzosas: *Santa María, Anelo, Punta del Espinazo del Diablo, Salida del Espinazo del Diablo*, y en en fin, *Acacitas de Bajan*; presumíamos, sin embargo, que las dificultades del camino para los numerosos carruajes de los jefes, la falta de víveres en aquellos desiertos lugares, y otros obstáculos de esta naturaleza, retardarian la marcha de la comitiva. Felizmente en Acacita de Bajan, última jornada, antes de Monclova, era en donde debia prepararse la emboscada. Esta circunstancia, y la lentitud forzosa de la marcha de la caravana, nos hacian creer que llegaríamos á tiempo para prevenir la traición de Elizondo, no obstante que

los jefes nos llevaban un adelanto de cinco días. Partimos, pues, llenos de esperanzas, y o sobre todo, que abrigaba en mi corazón, por el caballero Abasolo, sentimientos muy particulares de ternura y admiración.

Después de haber cambiado caballo á la mitad del camino, es decir, después de haber ensillado nuestros caballos de mano y dejado libres á los que nos acababan de servir, llegamos en la noche á Santa María, nuestra primera jornada. Preguntamos á los habitantes de algunas casuchas miserables que forman el pueblo; todos nos respondieron que la escolta se componía de soldados fieles á la causa de Hidalgo, y que caminaban con el mayor entusiasmo y confiados en su fuerza numérica, sin temer traición alguna. Este informe no nos satisfizo enteramente: habría preferido que nos hubiesen dicho que la escolta marchaba con el mayor desaliento. Tuvimos el mayor trabajo en conseguir algún alimento para nosotros y para nuestros caballos: la caravana que nos precedía, había concluido con los víveres de las inmediaciones. Después de haber reposado cinco ó seis horas, nos pusimos en camino á las doce de la noche. Desde que comenzamos la segunda

jornada, observé que Vista doble se hallaba entregado á una de aquellas meditaciones que nada bueno presagiaban.

—Tuve anoche un sueño, me dijo el mestizo, á quien dirigí algunas preguntas: sí, tuve un sueño, y temo mucho haberlo interpretado con demasiada fidelidad.

—¿Y cuál fué ese sueño?

—Soñé anoche que había tenido siete veces una sed ardiente, y que en el momento de apagarla, Elizondo me arrancaba de las manos el cántaro lleno de agua. Este sueño no puede significar otra cosa sino que el traidor había cegado las siete fuentes ó cisternas que hay de aquí á Monclova, y que nombran las *siete Norias de Bajan*.

Nos miramos Albino y yo, y éste manifestó que seguramente Elizondo no quería hacer morir de sed á los jefes, porque según toda apariencia, quería entregarlos vivos al gobernador de Coahuila. El viejo movió lentamente la cabeza.

—No los hará, ciertamente perecer de sed; mas para buscar el agua que necesita, la escolta se desbandará siete veces, y en cualquiera de estas ocasiones, los soldados de Elizondo podrán apoderarse, sin disparar un tiro, de los jefes privados de sus defensores.

Después de habernos explicado su sueño de esta manera, el viejo continuó trotando silenciosamente á nuestro lado; aunque no hubiese pronunciado otra palabra, en el aspecto de Vista doble descubrí cierta cosa que nos habia ocultado, y que yo no podia explicarme.

—¿No ha soñado mas anoche? le pregunté.

—¡Oh! lo demas no merece nuestra atencion; solo se refiere á nosotros, y nuestra vida es poca cosa en comparacion de las preciosas existencias que se hallan amenazadas.

—Estoy de acuerdo; sin embargo, desearia saber lo que nos interesa.

—Pues bien, añadió Vista doble: como á pesar suyo, soñé que antes de llegar á la séptima cisterna, mi sed se habia calmado como por encanto; pero despues me ví que iba galopando por el llano . . .

—¿Cómo! le pregunté, ¿se vió vd. á sí mismo?

—Sí, contestó el viejo con un tono que me hizo estremecer, porque mi cabeza habia quedado detras de mi cuerpo, y lo seguia con la vista en la carrera.

—¿Y yo, Vista doble? preguntó el contrabandista con vivacidad.

—Ví á vd. acostado en el llano, por el cual galopaba mi cuerpo sin cabeza; pero no sé si estaba vd. muerto ó dormido.

Tuve necesidad, lo confieso, de hacer un esfuerzo para afirmar mi voz, y preguntar al viejo á mi turno, lo que me habia sucedido á mí en su sueño.

—Vd., contestó, no estaba con Albino, y conmigo en aquel momento.

—¡Caramba! dijo Albino, nada de esto es de buen agüero; ¿y cómo explica vd. todas esas particularidades?

—No las explico, respondió gravemente Vista doble.

Continuamos nuestros caminos; las palabras de aquel viejo singular nos sumergieron en sombrías reflexiones, que la naturaleza del paisaje no era propia para disipar. Nada es mas triste que esos llanos inmensos, sin casas, sin árboles, que se atraviesan ente el Saltillo y Monclova. El viento que rasaba el terreno pedregoso, no nos traia mas que los ahullidos de los lobos, ó el vagido quejoso de los chcales. Afortunadamente el sol disipó un poco la turbacion de nuestros pensamientos; por fin, al cabo de tres horas de marcha, el aire puro de la mañana nos habia hecho olvidar las misteriosas y siniestras predicciones de Vista doble. Vimos, sin

reflexionar en ello, los primeros árboles que indicaban la cercanía de una de las siete norias que debíamos encontrar en el camino.

Sin embargo, á medida que avanzábamos hácia la noria, el sueño del viejo se nos representaba en la memoria, y una especie de impaciencia, que no era causada por la sed, supuesto que aun teníamos agua en nuestros *guajes*; se apoderó de nosotros. Apresuramos el paso: detras de los árboles veíamos elevarse las grandes ruedas que indicaban el lugar de la primera noria. En cuanto á Vista doble, no manifestaba ni impaciencia ni inquietud, como un hombre seguro de que va á saber demasiado pronto una noticia desagradable. Nuestros caballos, excitados por la sed aceleraban el paso, no obstante lo fatigados que iban, y sin que fuese necesario hacer uso de la espuela. Llegamos inmediatamente uno tras otro al borde del pozo, y la vista de la noria nos arrancó siniestramente un grito de desesperacion. Los cubos de cuero que formaban el rosario hidráulico, y subían el agua hasta el nivel de las piletas de madera, destinadas á recibirla, estaban secos. En el fondo del pozo, un lodo negro mezclado con arena, había reemplazado

el agua limpia. El sueño del viejo comenzaba á realizarse.

—Ruperto, me dijo entonces el contrabandista, los hombres de valor no retroceden nunca ante los más siniestros presagios; pero en todo caso, le recomiendo á vd. eficazmente á mi hijo, si llega á perder á su padre, pues vd. es el único apoyo que le queda.

—Yo le serviré de padre mientras viva, respondí.

Ya no dudaba yo en aquel momento que el triste sueño de Vista doble se realizase. El viejo nos alcanzó á pocos momentos, sin dignarse dirigir una sola mirada á la noria, echó pié á tierra. Algunas huellas de caballos se mezclaban á mas de cien que habían dejado plantas humanas en rededor del pozo; no se ocupó mas que de las primeras, que examinó con la mayor atencion. Aquellas marcas eran tanto mas fácil de reconocer, cuanto que el agua derramada á propósito fuera del pozo, había humedecido la tierra alrededor, formando una copa espesa de lodo, que no tardó en endurecerse con el sol. Muy cerca de la noria, un mantículo arenoso, rebajado por la pala, atestiguaba que las partes que se habían arrancado, sirvieron para estancar la poca agua que

los cubos no habian derramado fuera. Despues de haber considerado el viejo con el mayor sentimiento las huellas dejadas por los piés de los caballos, sacó de su bolsillo las ramitas que le habian servido para medir las que habian dejado junto á la hoguera cuando se presentó el oficial. La dimension de las ramas y la de los cascos del caballo eran absolutamente iguales.

—¡Elizondo! ¡Elizondo! dijo con la mayor lentitud Vista doble, haciéndonos notar las pruebas irrecusables de la presencia del traidor. Era absolutamente imposible negar la evidencia.

—Se hallaba en este lugar á caballo vigilando á los trabajadores, continuó el mestizo; todas estas huellas son de su caballo. Esta noria permanecerá seca hasta la próxima estacion de aguas.

—Las maldiciones de todos los que tengan sed en el desierto llegarán hasta él, dijo Albino.

—La voz de la sangre gritará mas alto todavía, añadió Vista doble con solemnidad.

Proseguimos nuestro camino, pero fué necesario cuando llegamos á Anelo, la segunda jornada del Saltillo á Monclova, dejar descansar á nuestros caballos, fati-

gados por una rápida marcha. Nos veiamos obligados á perder tiempo, para ganarlo, en interes de aquellos á quienes queriamos servir. Encontramos á los habitantes de Anelo poseidos de la mayor consternacion. El agua del pozo era el único depósito hasta la próxima estacion, y actualmente se hallaba seco. Los demas pozos, en los cuales se proveian de agua, estaban en visperas de agotarse, y aquel accidente debia hacer muy difícil la permanencia en Anelo. Tuvimos el mayor trabajo en encontrar agua para nuestros seis caballos.

Le preguntamos á uno de los habitantes que nos respondió que aquel crimen (porque lo era de todas maneras) probablemente se habia cometido durante la noche, porque no se habia visto persona alguna aproximarse de dia á la noria. Este suceso causó un gran desórden en los soldados que escoltaban los carruajes de los generales, añadió el hombre que nos daba aquellos informes. Toda la tropa se habia desbandado, sorda á la voz de los oficiales, y los generales tuvieron que aguardar un dia á que sus hombres volviesen. Felizmente todos aquí somos afectos á la santa causa que han sostenido; así es que nada les ha faltado; pero nos estremeci-

mos al pensar lo que hubiera podido suceder si hubiese habido cerca de aquí algun destacamento español.

Este razonamiento nos confirmó en la idea de que el golpe meditado por Elizondo no debía darse sino mas tarde, cuando las deserciones, causadas por la sed, hubiesen disminuido el número de la escolta, hasta igualarlo con el de los soldados que manda el coronel. ¿Por qué medios habia podido ocultar su marcha al conocimiento de los habitantes de Anelo? Esto era lo que no podíamos adivinar. Sin embargo, el hecho era cierto, y sin perder el tiempo en comentarios, montamos á caballo á la media noche. Calculando bien nuestra marcha, debíamos llegar á Bajan al mismo tiempo que la comitiva, es decir, al décimo dia de su marcha, y al quinto de la nuestra, supuesto que nos llevaba cinco dias de ventaja. Entre Anelo, que acabábamos de dejar, y la *Punta del Espinazo del Diablo*, distinguimos á lo lejos la segunda noria; y unos pasos mas adelante, los cadáveres de dos caballos que encontramos en el camino nos indicaron claramente que el segundo pozo se habia cegado como el primero. Esta vez no sentimos la febril impaciencia que la víspera se habia apoderado de nosotros al adelan-

tarnos al mestizo. Ni Albino ni yo dudábamos del espectáculo que nos aguardaba. La noria, en efecto, estaba seca, el fondo pantanoso y ensolvado, las orillas anegadas y los cubos enteramente secos. Como lo habia hecho al llegar á la primera, Vista doble descendió del caballo, examinó las huellas, las midió, y repitió con voz grave y solemne:

--¡Elizondo, Elizondo!-- Si llego á tiempo y lo encuentro, juro por Nuestra Señora de Guadalupe, que le traspaso el corazon con mi puñal, dijo Albino.

--Marchemos, añadió Vista doble.

Caminamos por algunos instantes al galope, y á poca distancia de la segunda cisterna, un número mayor de caballos muertos nos atestiguó los progresos de la sed.

--Mas lejos encontraremos, sin duda, mulas muertas, dijo el mestizo, porque soportan las privaciones mejor que los caballos; despues de ellas, llegará la vez de los hombres.

Despues de otros momentos de galope llegamos á la entrada del desfiladero llamado la *Punta del Espinazo del Diablo*. Ningun nombre me pareció mas bien puesto. Las rocas, inclinadas como las partes de un navío, que aparecían á flor

de tierra en el camino, se asemejaban, en efecto, por su forma arqueada, su blancura y su pulimento, á las formas redondas de un esqueleto de diez leguas de longitud; aquellas rocas calcinadas, lustrosas, ahogaban toda vejetacion. Algunos musgos solamente, de un verde opaco, extinguian algo la ardiente reverberacion del sol en ciertos lugares; en otros, por el contrario, sus rayos lanzaban luces que deslumbraban la vista, así como el excesivo calor que producian, secaba las fauces. Algunas mulas muertas yacian amontonadas al lado de los caballos, que los zopilotes comenzaban á despedazar, presentando un espectáculo mas lúgubre, en aquellos llanos deciertos, bajo el ardiente soplo del viento, impregnado de fétidos olores.

Antes de llegar al *rancho* de la Punta del Espinazo del Diablo, se ofreció á nuestra vista la tercera cisterna, seca como las otras dos. Al ver la orilla del pozo, Vista doble repitió de nuevo, despues de haber examinado las huellas:

—¡Elizondo! ¡Elizondo!

Despues de una jornada mas fatigosa que las dos anteriores, á causa de lo pedregozo de los caminos que habiamos tenido que seguir, llegamos al *rancho* an-

tes de ponerse el sol. Esta última marcha, verificada entre las rocas del Espinazo del Diablo, habia de tal manera lastimado los cascos de uno de mis caballos, que no estaba herrado, que me ví obligado á dejarlo al cuidado del dueño de la posada. El pobre animal no podia ya dar un paso; y por él retardamos la jornada de esta manera, como van vdes. á juzgar, se cumplia nuestro fatal destino. En el *rancho* de la Punta nos fingimos comerciantes, á quienes las necesidades de su comercio llamaban á Monclova, y no hicimos alusion alguna á las cisternas que habiamos encontrado cegadas. Fingimos tambien que ignorábamos, que los antiguos jefes de la insurreccion mexicana, estuviesen en camino para el punto á donde nos dirigiamos. La pérfida trama que rodeaba á los generales fugitivos, nos parecia urdida con tanta habilidad, que era necesario obrar con la mayor prudencia.

En la jornada siguiente, que debió terminar en el punto llamado la *Salida del Espinazo del Diablo*, el espectáculo que nos ofreció el camino era el mismo; lobos y zopilotes, ocupados en devorar los cadáveres de las mulas y caballos, mas numerosos que los de la víspera, y que huian al acercarnos; el calor, las exhalaciones en-

venenadas, las rocas blancas y desnudas, presentando á cada paso una capa delgada de tierra vegetal; tales eran las escenas que se ofrecian á nuestra vista. Despues encontramos otras dos cisternas, ensolvadas como las primeras, y al verlas Vista doble hizo la misma operacion, midió las huellas é hizo las propias exclamaciones, lanzando mil maldiciones á Elizondo.

A las tres horas, poco mas ó menos, los pobres habitantes de un miserable *jacal*, nos vendieron á precio de oro una cantidad de agua suficiente para nuestros cinco caballos y para remover lo de nuestros *guajes*, en seguida hicimos alto, para dormir á campo raso, mas adelante de la salida del Espínazo, que habiamos pasado, porque deseábamos llegar á buen tiempo á Bajan. Vdes. notarán, que de las siete norias que debiamos encontrar en el camino, habiamos hallado cinco completamente secas, conforme á las predicciones de Vista doble. En el lugar en que hicimos alto, el paisaje habia cambiado de aspecto: eran los mismos llanos áridos, es verdad, pero interrumpidos de cuando en cuando por algunos grupos de árboles. Habriamos avanzado mucho mas aquella noche; pero el único caballo que me que-

daba, estaba mas fatigado necesariamente que los caballos de mis dos compañeros, que no habian hecho ensillados mas que la mitad de la jornada. Con los restos de un árbol muerto hicimos una lumbra-da, á cuyo derredor nos sentamos, cenando algunos pedazos de carne salada, que medio asamos en los tizones. Unas yerbas altas que cubrian el llano á nuestro derredor, sirvieron de pasto á nuestros caballos, si no sustancial, al menos abundante, y convenimos que el mestizo haria el primer cuarto de centinela.

Albino fué el primero que se durmió. En cuanto á mí, con la vista fija en el viejo, sentado al lado del fuego en su postura favorita, es decir, con las piernas cruzadas como los indios, los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en sus manos, lo consideraba con la mayor atencion. Sus largos cabellos caian en mechones desordenados, de la misma manera que el heno blanco, flotando en la cima de los cedros seculares. Vista doble parecia escuchar, como si fueran voces inteligibles, las quejas del viento entre la hojas secas. Al aspecto de aquel viejo, para quien no tenia velos el porvenir, sentia yo una especie de temor supersticioso. Al cabo de algun tiempo, Vista doble levantó la cabeza: sus